

Con esta frase fría, entrecortada y desoladora, nos llegó la noticia –en las primeras horas del sábado, 10 de enero– del fallecimiento del malogrado P. José de San Juan de la Cruz, fundador y director de *Lluvia de Rosas* e iniciador del colosal santuario de Santa Teresita en esta hermosa ciudad de Lleida, donde residió por espacio de 23 años, al frente de la revista y cuantiosas obras.

Nuestro querido P. José tuvo su nacimiento en la populosa barriada barcelonesa de Gràcia el día 29 de junio de 1877, en un hogar agraciado por la Divina Providencia con riquezas y sólidas virtudes, fruto del tesón con que sus padres quisieron conservar la herencia de piedad que legaron sus antepasados. Por esto el Señor quiso enriquecer todavía más esta rancia estirpe llamando para el estado religioso a tres de sus hijos: el P. José, M. Serapia (carmelita misionera) y la Rvdma. M. Carmen, general actualmente de la congregación.

Así paga Dios la virtud y piedad de las familias auténticamente cristianas. Nuestro difunto Padre vivió en el cariño del hogar hasta que el Señor le llamó para sí. Primero estudió las Humanidades y Latín en el seminario diocesano de Barcelona, y más tarde, sintiendo su corazón deseos de abrazar el estado religioso, vistió el hábito carmelitano en el noviciado del Desierto de las Palmas (Castellón) en los años de 1896, para profesar en la Orden de Carmelitas Descalzos –tras un año de aprovechado noviciado– el día de San José de 1897. Desde entonces Fr. José no tuvo otro ideal que hacer bien a las almas cultivando sin cesar la ciencia de la santidad, bebida en las ricas fuentes de las obras de sus Santos Padres: santa Teresa y san Juan de la Cruz. Con este fin se retiraba todas las noches de su noviciado (confidencia que tuvo conmigo), después de los Maitines de medianoche, a la biblioteca del convento para leer a su placer Ascética y Mística. De aquí que saliera tan aventajado maestro en la ciencia de los santos e innumerables almas le confiaran su espíritu, sobre todo en las comunidades carmelitanas de Cataluña (en especial), donde en todas se encuentran almas que le deben la vocación en aquello que depende de la voluntad humana. Después de profesar siguió los estudios eclesiásticos coronados con la ordenación sacerdotal, verificada el 21 de marzo de 1903. Precisamente debía celebrar en este año sus Bodas de Oro Sacerdotales que según designios de la Providencia celebrará, como creemos piadosamente, ante el Sumo y Eterno Sacerdote en la patria de los escogidos.

A raíz de su sacerdocio fue destinado a Burgos en calidad de subdirector de la revista *El Monte Carmelo* y colaborador del periódico *El Castellano* de la misma ciudad. Más tarde pasó a San Sebastián y luego a Tarragona, donde preparó la fundación del convento badalonés que llevó a cabo el año 1908. En Badalona vivió por espacio de 11 años regalando a las almas con su elevada espiritualidad y profunda palabra. Por estos años los pueblos de Cataluña reconocieron en el P. José a un varón de Dios que arrastraba con sus sermones a la muchedumbre hacia el dolor y arrepentimiento de sus culpas. Veces

* [Publicat a *Lluvia de Rosas*, 149 (febrer 1953), pp 36-37.]

hubo en que sus triduos y novenas se convirtieron en quincenas y cuarentenas. Vic y otras ciudades recuerdan todavía con admiración los sermones que les predicaba el P. José en el Mes de Mayo. Y donde quiera que predicaba él, dejaba tras sí la estela de santidad... “Es un santo”, murmuraban las gentes al verle pasar delante de sí. Aquel andar majestuoso, grave; aquella mirada profunda y escuadriñadora que parecía leer lo más recóndito de nuestra conciencia, recordaban aquellos primitivos Descalzos educados en la escuela de N. P. S. Juan de la Cruz.

En el año 1928, al restablecerse el convento de Lleida, el P. José fué nombrado conventual del mismo y dió comienzo a su grandiosa obra: la construcción del Santuario Nacional de Santa Teresita del Niño Jesús. Llevaba ya fundada en honor de la Santita la revista *Lluvia de Rosas* y desde Lleida fué difundiendo más y más la devoción de la Florecita de Jesús con las miras puestas en el futuro santuario que ha de cobijar bajo sus naves a todas las Teresitas de España. Por espacio de 23 años vivió nuestro recordado P. José en la bella ciudad del Segre, hasta que en abril de 1951, los superiores creyeron oportuno concederle el descanso merecido por su fecunda actividad físicamente resentida. Fue entonces cuando se retiró a nuestro convento de Tarragona, desde donde atendía aún (pese a sus achaques) multitud de comunidades carmelitanas que requerían y pedían su presencia para aliviar sus almas. En Menorca estaba dando ejercicios espirituales cuando se sintió gravemente enfermo, regresando a Tarragona vigiliando de las últimas Navidades, con síntomas alarmantes que los médicos no pudieron acortar y que le llevaron al sepulcro en la madrugada del día 10, sábado –día carmelitano por excelencia– habiendo recibido todos los sacramentos y asistido de los religiosos que le ayudaron a bien morir. Contaba 75 años de edad, de los cuales pasó 57 consagrados al Señor en la vida religiosa.

El P. José rinde tributo a la muerte lleno de méritos y coronado de virtudes, sobre todo con la gloria de haber dado aliento y sostén a la mayoría de religiosas carmelitas de Cataluña y otras comunidades de España. Para las almas espirituales siempre fue, el P. José, un oráculo del cielo y un santo sobre la tierra. Al evocar su memoria recordemos también nuestra deuda de gratitud: ¡Una oración para que su descanso sea eterno!